

CARLOS ILLESCAS

USTED: VEGA DE PETRARCA

Más aún que a música de antiguo corte, mi corazón escucho. Despabilo en su unidad al viento. ¿Es sur, es norte si yendo hacia el oriente, finge estilo de prevenirse antiguo? Su resorte de imparable relojería, dilo herido corazón, ¿Tal vez no suena al viento cenital que te encadena?

Si no respondes, tu silencio en llamas podría calcinarme. Reducirme a condición arbórea; puras ramas en pálidas cenizas; conducirme, con obediencia suma —la reclamas— a ser la brasa que te abrace en firme. ¿Isla donada por amor al ciego que pide ser su lazarillo al fuego?

Más que la música, el silencio escucha. A sí mismo se indaga; se interroga. Profundiza las vetas de tal lucha con desplegadas velas. Nauta, boga ríos de angustia que trazó a la trucha su transparente caminar, o sogas, (¿dije daga?) que vive si no muere al vulnerado corazón que hiere.

Escucho su canción; en los delfines de presta escama, afina dulce vuelo. Enciende al aire plenilunios, crines de imaginarias nubes contra un cielo desangrado en crepúsculos carmines mientras recorro enloquecido el suelo que pisas corazón, dejando huellas que en lejanía, al aire, haránse estrellas.

Recuperada la razón, el ser congruente con la vida, entre las cosas si objetos son, mirar cómo el ayer despliega tras nocturnas mariposas su dulce, amada, carne de mujer. ¿Pronunciamiento loco que las rosas, anticipadas a su edad ordenan, si ya con tristes brazos me encadenan?

¿Quién podría saberlo? Noches pasan sobre borrosas letras, y la tinta que las trazara un día (si disfrazan sus intenciones), solamente instinta hierogramas sin dioses. Se remansan en mi destino de quererla; finta, sobre todo mortal, cuando su daga en alma viva, deshollarme, amaga.

Así en efecto, amada, el ser congruente entre las cosas del amor concita a postular locuras. ¿Quién, sonriente, en medio de un martirio absurdo excita sus sentidos, y en la tremante fuente su sed aplaca o va, se resucita perpetuado, sangriento, a su delirio? Yo que agradezco, humilde, tal martirio.

Nadie es capaz de repetir en acto, escúchame amor mío, tus destellos más sutiles. Es música sin tacto, oídos de una piel a los cabellos del insigne paisaje. Tu contacto. ¿Motivos son al corazón tan bellos, que la rosa te nombra mensajera, antes que el alba dé su luz primera?

Naturaleza entre mis cosas, eres su centro cerebral, su desmesura; dócil te sigo en perro a donde fueres, deseando perpetuarme en tu hermosura. Te proclamo entre todas las mujeres azul emperatriz de la locura mientras florezco en puro sentimiento al tornar carne al mismo pensamiento.

Divinas frutas, obras de arte; gloria para inaugurar la noche de mis días. ¿Será vivir recuperar la historia de futuros placeres? Gotas frías, cálidas frutas, siendo su euforia divinal, callan las melancolías en pos del tiempo incierto, pero cierto de mi alma, clavecín en su concierto.

No música lejana, sí presente,
fluye en cuanto miel, delgado emblema;
conoce en la frescura de su fuente
arpegios del amor que, frío, quema
la pétrea melodía de su frente:
canción perenne que la miel extrema
sabiéndola adorada si dorada
sirena amable, usted mujer amada.

Divina ley su música, señora;
todo en usted es fruta divinal;
su tiempo es ley y divinal la hora:
miel de la vida al ensayar frutal
el vuelo del minuto que enamora
la miel fatal de persignar el mal
de amarla a la distancia, sin ventura,
sin usted, sin Dios; sólo mi locura.

Sin duda el sueño lleva en su corriente
a la noche. Sustancia de su día
es pensamiento al fulgurar oriente.
Pura estará ahí su melancolía:
forman su luz anillos de serpiente
aún gotas de doliente mediodía.
¿En la corriente viva todo empieza
labrándose a sí mismo en su belleza?

Sí, aquel fulgor en su distancia halla
contentos soterrados. Vuela, indica
al mismo tiempo que soñando calla,
paso al amor ardiente. Sacrifica
ejércitos de niebla en la batalla;
después, cuenta sus muertos, verifica
los daños que usted causa; pero el lloro,
lo que se dice Noche, es su tesoro.

El sueño no es el sueño; es el destino
en llamarosa brasa. Mente abierta
sujeta hacia el delirio, su camino
sobre la carne amante, descubierta
por pensaroso río. Desatino
arrastra hacia mi sombra; viva y muerta
al mismo tiempo se persigue. ¿Brotó
de su cuerpo tan cristalina nota?

Por flores arpegiadas son sus manos,
triumfos del día; el cuello, cisma y llama
de alondra florecida. Los arcanos
que esconde el abedul (la viva rama
de claveles al palpar tempranos),
al pronto se revelan. En la grama
de un jardín sólo imaginado, frondas
en su belleza son canciones hondas.

Aquí de nuevo, inicio el recorrido
del tiempo iluminado. Formo en sueños,
flores locas o espíritu entumido,
de usted memorias con profundos ceños
poque el dolor de no vivir, siendo
entre la muerte donde, con empeños
hacia nada, es vivir en sola herida
que desprecia la muerte. Así la vida.

Por ello me renazco, me levanto.
Pienso en su amor. El día sabe a monte
y entramas espejos; nado hasta su canto
mirándome en usted, puro horizonte
y cítara y laurel, reflejo en tanto
la canción dulce al sol se hace bifronte
símbolo del destino: miro el cielo
aquí y allá, brillar al desconuelo.

De nuevo empiezo el recorrido. Avanzo
a la vista de pájaros de lumbre
sobre un genuino tiempo. Sin descanso,
solazo la fatiga. La costumbre
de amarla me sostiene; me remanso
como un río de lavas, piedra y lumbre
hacia el espejo en vela de su huerto:
temblor mi corazón al descubierto.